

CAPITULO XV.

UN PROYECTO DE AMIGO.

Nichette y Gustavo estrecharon las manos de Edmundo, sin decirle una palabra, porque ámbos habian comprendido que el consuelo y la esperanza eran inútiles.

—Vamos, es preciso ser hombre, dijo de repente Edmundo levantándose y disponiéndose á salir.

—¿Adónde vas? le preguntó Gustavo.

—Voy á ver á mi madre; voy á almorzar con ella, contestó de Pereux con un acento que trató de hacer indiferente. ¿Te veré esta tarde?

—Sí ciertamente.

—Entonces, hasta luego. Adios, mi buena Nichette, dijo Edmundo abrazando á la modista; mil gracias todavía por su agradable comida de ayer. . . tal vez la repetiremos alguna vez.

Gustavo acompañó á su amigo hasta la escalera; estaba casi espantado de su tranquilidad.

—¡Cuidado con alguna imprudencia! le dijo al separarse.

—¿Qué imprudencia quieres que cometa...? ya no es tiempo de eso, respondió Edmundo sonriendo.

—¡Valor, amigo, valor!

—Lo tengo. . . ¿por qué he de desesperar. . .? Los hombres se pueden engañar ¿verdad? y Dios es siempre misericordioso y bueno. . . No ha concluido todo aun. . . ¡Bah. . .!

Edmundo estrechó afectuosamente la mano de Gustavo, y bajó las escaleras.

—Solo para tranquilizarnos, solo para afligirnos ménos, habla Edmundo de esa manera, dijo Daumont á Nichette cuando cerró la puerta; pero, lleva la muerte en el alma. . . Ah! es horrible lo que ha pasado. . . ¿Por qué irias á escribirme esa carta?

—¿Podria imaginarme lo que sucederia? No me riñas, Gustavo de mi alma. . . . harto sufro ya.

Y Nichette se limpiaba nuevamente sus ojos arrasados de lágrimas.

—Veamos, dijo Gustavo, no nos alucinemos con esperanzas mentirosas. . . . veamos las cosas por su lado peor, y si nos engañamos, será una felicidad. Edmundo tiene apenas cuatro ó cinco años de vida. . . .

—Pobre Edmundo. . . ! murmuró la griseta.

—Pues bien, es preciso que esos cuatro ó

cinco años los viva dichoso, y á mí, como su amigo, es á quien toca asegurarle esa dicha. Porque, mira Nichette, si el día en que Edmundo muera, siento que tengo algo que echarme en cara, si me parece que he correspondido con frialdad á su afecto . . . que he sido mal amigo... ¡no sé! pero me levantaria la tapa de los sesos. ¡La señorita Devaux vive solamente con su padre?

—No, tiene una aya que la cuide.

—¡Qué importa!

—Quieres verla?

—Sí.

—Para qué?

—Tengo un proyecto.

Gustavo abrazó á Nichette, y salió tambien á la calle.

Quando hubo desaparecido tras de la esquina del cuartel, la modista se echó sobre los hombros su chal, se dirigió hácia la iglesia de la Magdalena, se arrodilló con fervor, y encendió una vela de cera. Despues de lo cual, se volvió á su casa un poco mas tranquila.

Durante este espacio de tiempo, Edmundo habia llegado á casa de su madre, que acababa de despertarse casi sin ningun recuerdo de las emociones de la víspera, y que recibió á su hijo como lo tenia de costumbre con una sonrisa y un beso.

A pesar de todos sus esfuerzos, Edmundo no

podia triunfar de su tristeza y de los fúnebres pensamientos en que lo sumergió la carta de la modista.

Dos ó tres ocasiones, la señora de Péreux le preguntó ¡qué tenia? Pero ella atribuia aquella melancolía á los primeros síntomas del amor que experimentaba su hijo.

Oh! quando el corazon se ha entregado á la esperanza, ¡cuánto trabajo le cuesta volver á caer en la duda terrible! Por una de esas reacciones tan frecuentes en el alma, los temores de la madre de Edmundo parecian haberse borrado para siempre desde que habia puesto toda la confianza en Dios, despues del horrible presentimiento que la habia herido el día anterior!

Edmundo hizo todo lo que pudo para estar alegre; pero despues del almuerzo, durante el cual contó á su madre el encuentro que habia tenido con Nichette, y la cita que ésta le diera, se retiró á su aposento.

Allí se sentó, por decirlo así, frente á frente de sí mismo, y con la cabeza apoyada sobre las manos, se puso á pensar.

“¡Qué cosa tan estraña es la vida!—se decia—Nace un día un niño. . . sus padres, jóvenes y felices, lo colman de cuidados, de precauciones, de alegría. . . lo acogen como un beneficio del cielo. . . y aman en él el visible latido de sus dos corazones, porque el niño es como un

espejo en que se miran los autores de sus días. Los ojos del niño se abren á la luz, su alma á la vida, y la naturaleza entera comienza para él. Una mirada maternal sigue, estudia al recién nacido: el menor de sus males inquieta á los que lo rodean; se le protege como á una delicada flor que tiene siempre necesidad de la misma cantidad del sol, de sombra y de agua. Se le educa como si su vida debiera ser eterna; se llena su corazón de sentimientos; su espíritu, de ciencias. . . de esta manera crece. ¡Se fundan mil esperanzas sobre este niño para cuando llegue á ser hombre! ¡Se le enseñan todas las carreras; se investigan sus inclinaciones, sus preferencias, sus simpatías; se le crían relaciones; se llenan de orgullo sus padres por sus progresos, y dan gracias al cielo!

“ En fin, llega el niño á los veinte años; sonrié á la existencia que se le aparece llena de encantos. . . su inteligencia razona, su ojo sondea todos los horizontes, su corazón ama. A la vez él espera para sí; se siente capaz de grandes y buenas acciones, colma de felicidad á los que lo rodean y la vuelve como la recibió. . . En su espíritu germinan todas las ambiciones nobles, el porvenir se le aparece color de rosa. . . es dichoso, finalmente!

“ Sus padres se complacen en su obra acabada á fuerza de amor y de cuidados. . . pero un hermoso día se hecha de ver que aquel jó-

ven tiene un *tubérculo* en el pulmón, y que es preciso que irrevocablemente muera, y que dentro de un corto término será necesario encerrar entre cuatro tablas y arrojar á la tierra con su cadáver, todo su pasado, todo su porvenir, todas sus esperanzas, su felicidad toda! que él no verá mas á los que lo aman, ni éstos á él, y que en vez de estrechar entre sus brazos una criatura jóven, fuerte, dichosa, amorosa, amada, sus padres no tendrán mas que una tumba con un nombre encima donde ir á orar. . .

“ Ah! esto es horrible. . .! Y ese niño soy yo.!

“ He aquí cómo yo vivo, veo, siento, pienso, amo. todas las cosas de la naturaleza hallan en mí un espejo, y me veo. . . y, dentro de poco tiempo mis ojos no verán ya, mi cuerpo estará insensible, mi cerebro no será mas que una materia inerte, mi corazón, que ahora late al oír pronunciar solo un nombre, estará muerto, y mi amor será cosa olvidada y perdida. . .! Nadie pensará que hay un lugar vacío en el mundo, y otros hombres vendrán, que mirarán, que sentirán, que pensarán, que amarán y morirán como yo.

“ A mi edad, ordianriamente se deja correr la vida alegremente con descuido; lo pasado es corto, el porvenir parece eterno. . . . déjanse pasar los días sin contarlos: ¡tan rico así está el corazón de esperanza! Pero yo, y que estoy

ya advertido; yo que por consiguiente moriré dos veces, cada mañana me diré: ¿será á la noche...? y cada noche: ¿será mañana....? Y un dia mi madre lanzará un grito que ya no oiré.... y todo habrá acabado....!

“ Un sacerdote cuyas oraciones no podrán despertarme, rezará junto á mi cabecera; algunos hombres me acostarán en mi último lecho, estrecho y frio, y llegará un momento en que me halle mas cómodo en mi atahud, que lo que estoy ahora con todo el mundo delante de mí... Mi cuerpo será el mismo, un poco mas pálido, mas flaco, esto es todo...! pero ninguna de las cosas terrenales tendrá ya imperio sobre él, y mi alma estará cerca de Dios.....

“ Y por mas que haga, así ha de suceder.

“ Y sin embargo, amo.... á mi madre en primer lugar, que me habrá dado toda su vida sin poder asegurarse de la mia: á Gustavo, que aceptaria hoy la enfermedad que tengo, á fin de que yo fuera dichoso: á Antonina, á quien he visto hace solamente tres dias, y que me ha dado ya una prueba de su simpatía y de su compasion generosa..... á Nichette, á esa buena muchacha, que llorará sinceramente mi pérdida... y á pesar de tanto amor, de tantos celos, será necesario que me detenga en medio del camino, y que, los que he conocido continúen el suyo sin mí.....

“ ¡Y yo, que lloraba frecuentemente con la

idea de que un dia veria morir á mi madre...! ¡Bendito seas, Dios mio, que me evitaste ese dolor.....!

Con el corazon comprimido con todas estas reflexiones, en las cuales á su pesar se complacia, Edmundo se levantó y dió algunos paseos por su aposento; luego fué á su ventana, entreabrió las cortinas, y miraba hácia la calle á las gentes que pasaban; por último, pronunció el nombre de Antonina, y volviendo junto á la mesa se sentó, apoyó su cabeza sobre la mano izquierda, y maquinalmente se puso á escribir á la señorita Devaux.

“ Antonina, escribia, me parece que la amo á vd. mas desde esta mañana. En la iglesia sin duda ha rogado vd. á Dios por mí. ¡Cuántas cosas han acontecido en tres dias! ¡Qué será lo que haga ahora? Voy á partir, pues que vd. me lo ha aconsejado.... ¡Partir...! y adónde iré? Iré á buscar al Mediodia una atmósfera de fuego, que me conserve la vida por unos cuantos meses mas? ¡Revelaré á mi madre que estoy enfermo? Me alejaré de vd? ¡Llevaré á gentes estrañas mi tristeza, mi fastidio, mi mal? ¡Iré á morir á un cuarto de meson bajo un cielo nuevo.....? y ¡de qué me servirá.....?

“ Sin embargo, si Dios y vd. quisieren, yo podria ser feliz todavía, y esa noticia fatal que he sabido esta mañana, podria ser la causa de mi dicha. ¡Hay acaso algun ser que esté seguro

de vivir dichoso, durante tres años! y yo podría serlo, yo! Tres años, pasados con la muger á quien se ama, son una eternidad de delicias.— Si yo fuera á vd., Antonina, y le dijera: Me queda muy poco tiempo que vivir, pero depende de vd. que ese tiempo sea para mí feliz ó desgraciado, maldecido ó bendecido Sacrificuese vd.; sea vd. mi esposa, y durante los pocos años que Dios me concede todavía, todo lo que un hombre puede hacer, todo lo que puede inventar, todo lo que puede imaginar para la muger á quien ama, yo lo haré, lo inventaré, lo imaginaré para vd. El sacrificio que vd. me habrá hecho, no será mayor que los contados dias que me restan. Cuando yo muera, vd. quedará libre y jóven todavía; podrá vd. continuar con un nuevo esposo la felicidad comenzada conmigo.

“A nombre de la madre que vd. llora, á nombre de mi madre, que morirá con la pesadumbre que voy á causarla, sea vd. mia, Antonina; y cuando Dios me llame á su seno, volveré á él con el alma llena de reconocimiento por los consuelos que me habrá vd. dispensado. . . .

“Haga vd. ésto, Antonina, y algun dia podrá vd. decir: “He hecho una buena accion. Habia un desgraciado que, sin mí habria muerto blasfemando y maldiciendo; pero, gracias á mí, á mi amor, ha muerto echando de ménos la vida, mas no maldiciéndola.” Ya verá vd., Anto-

nina, qué dulce la será á vd. este pensamiento en lo futuro, y cuan orgullosa estará vd. de haber obrado así. Y luego ¿quién sabe. . . . !”

Edmundo no continuó la frase comenzada; la pluma cayó de sus manos. ¡Cosa estraña! la idea de esperar, lo desalentaba.

Entónces releyó lo que acababa de escribir, y despues de haber meditado algunos instantes sobre aquella carta, la destrozó y arrojó los pedazos al fuego de la chimenea.

—¡Qué insensato soy! exclamó! ¿no me ha aconsejado que parta? ¿Con qué derecho iria yo á pedir á esa niña que asocie su salud con mi enfermedad, su vida con mi muerte? ¿Con qué derecho la daria un cadáver por marido; á nombre de quien tomaria yo sus hermosos y juveniles años, como se toman las flores para arrojarlas sobre una tumba. . . . ? Pero me ama. . . . y ¿puede amarme esa jóven á quien no he dirigido la palabra mas que para volverla su guante, y que apenas me ha visto dos ocasiones. . . . ? ¿Debo abusar de un rasgo de piedad que ha tenido por mi suerte. . . . ? ¡Vamos, estaba loco!

Y Edmundo dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Pues bien! continuó al cabo de algunos momentos; si no tengo el derecho de hacerme amar de ella, sí tengo el de amarla, de verla; tengo el derecho de hacerla comprender que

desde el primer día que la he visto he asociado su pensamiento á mi pensamiento. En lugar de emplear en mi propia felicidad el tiempo que me resta de vida, quiero emplearlo en la suya. ¡Desgraciado del hombre á quien ella ame si no la hace tan dichosa como merece serlo!

“ Voy á ver al señor Devaux; todo se lo explicaré; le confesaré la verdad. Le pediré que me reciba en su casa, como á su hijo, y á Antonina la rogaré que me ame como á su hermana. . . . Miraré desarrollarse en ella sus primeras impresiones. . . . la amaré, no como á una esposa, sino como á una hija. . . . Mi próximo fin me envejecerá á sus ojos, y escuchará mis consejos. Mi afección será casi paternal. . . y su marido no podrá estar celoso de mí cuando sepa quien soy. . . . Sí! esto es mejor; no me casaré. . . . no haré soportar el dolor de mi muerte sino á aquellos á quienes la naturaleza ha colocado junto á mí. . . . De esta manera no robaré á mi madre mis últimos años. . . . Seré todo de ella. . . y me dormiré en sus brazos.”

Edmundo razonaba de esta manera; tan necesario así le era dar un alimento á su corazón desgarrado! En seguida salió para ir á ver al señor Devaux, pero en realidad con la esperanza de encontrar á Antonina.

Durante este tiempo, Gustavo se dirigió á la calle de Lille, preguntándose durante todo el

camino, qué pretesto tomaria para hablar á Antonina.

—Después de todo—se dijo á sí mismo—es necesario que yo la hable, y en mi concepto, la franqueza es lo mejor. Se trata de la felicidad de Edmundo.

